

# Una parte del mundo de Nemesio

La soledad se refleja en la obra de Antúnez más que como un fantasma aterrador, como una realidad creada por el propio hombre. Selvas de cemento, murallas gigantescas, civilización y genio por doquier nos embargan hasta hacernos sentir simples hormigas que pululan en un mundo acelerado.

Así también fue la mayor parte de la existencia de este pintor chileno que desde muy joven se sumergió en el arte del pincel. A los 17 años el mundo se exhibe desnudo ante sus ojos adolescentes. Nemesio parte becado a Francia. A ese muchacho tímido del colegio Sagrados Corazones le cae del cielo un viaje a Europa en 1937, donde toma conciencia de otra dimensión del mundo y de la vida.

"La partida fue emocionante. Primera vez sólo frente al mundo y al espacio abierto...", recuerda Nemesio en su libro Carta Aérea. A partir de ese instante la sensibilidad y el alma se libran del cuerpo de Antúnez para descubrir y gozar cada trozo del viejo continente.

"...recorrí los teatros, terrazas de café, castillos de Loira, fui a bailes con mi primo Timoleón, pero sobre todo a muchos museos. Los recorrí por lista y volví a los favoritos. Descubrí el Louvre con asombro, encontré uno a uno los originales de mis tarjetas, ésta la tengo, me decía, pero qué sorpresa el tamaño, el color, estaban vivas, resplandecientes..."

Vuelve a su Chile y en una especie de revelación descubre que él podía pintar, aunque cuando lo hizo en los talleres de acuarela de la carrera de arquitectura le pusieron un dos. No le importó. "Sabía que yo también podría pintar", escribió.

"¿Por qué a mí?" se preguntó ante esa revelación de futuro. Y él mismo se responde con estas palabras: "Creo que a todos se nos dan diferentes oportunidades y las tomamos o las dejamos pasar; yo llevaba una inquietud, un ansia sin nombre y agarré el pelo a la oportunidad, elegí subirme a ese tren cieégamente, instinti-

vamente, sin saber a dónde iba..."

Ese tren lo llevaría a Nueva York, a esa convulsionada ciudad que lo marcaría hasta la muerte y que dejaría firme la huella en varios de sus cuadros. "...las multitudes en los "subways" a codazos, apretujados, colgados de las manillas, leyendo diarios con caras cansadas, anodinas y chicle", se grabaron en sus obras.

Fue en esos tiempos también en que hizo intensa amistad con Pablo Neruda, quien lo acogió en el closet de su casa. "Antes de salir de mi cuarto yo gritaba: habla el pintor del closet, puedo salir?... Allí, desde el closet comenzó una profunda amistad que nunca terminaría, ni siquiera con la muerte".

Las raíces lo tiran y vuelve a su tierra. Sin embargo la ingratitud e intolerancia cae fuerte sobre la vida de muchos artistas, entre ellas la de Nemesio. Tras haber estado a cargo del Museo Nacional de Bellas Artes en 1972 y de hacer de ese recinto un centro vivo de cultura con interés para todos y —el gran error en esos tiempos— para todas las manifestaciones, en 1973 debe emprender un largo viaje. Eligió Cataluña. "Allí —cuenta en carta aérea— pinté diariamente y concentradamente lo que traía de Chile detrás de los ojos y el corazón; lo que vi en esos meses de la guerra unilateral, pinté Cartas Chile, El Estadio Negro, La Moneda Ardiendo, Neruda en su Isla; en fin, pinturas testimoniales, nunca panfletos políticos, no; hice pintura".

La obra de arte no se encontraba completa para Nemesio si no había sido expuesta al público. Ese era su requisito fundamental para que una muestra fuera considerada íntegra, completa, viva.

Hoy, óleos, acuarelas y grabados se exhiben en la Sala Viña (Arlegui 683), en una suerte de "rescate" de su creación, donde se reconocen claramente los vaivenes por el mundo de este pintor. La exposición estará abierta a todos los que deseen dar vida a las obras de Nemesio hasta el 24 de marzo.



"City Dwellers", 1948.



"Hacia el norte", 1970.



Nemesio

"Desnudo urbano", 1971.

Obras que marcaron los vaivenes del pintor por el mundo se exhiben en la sala Viña